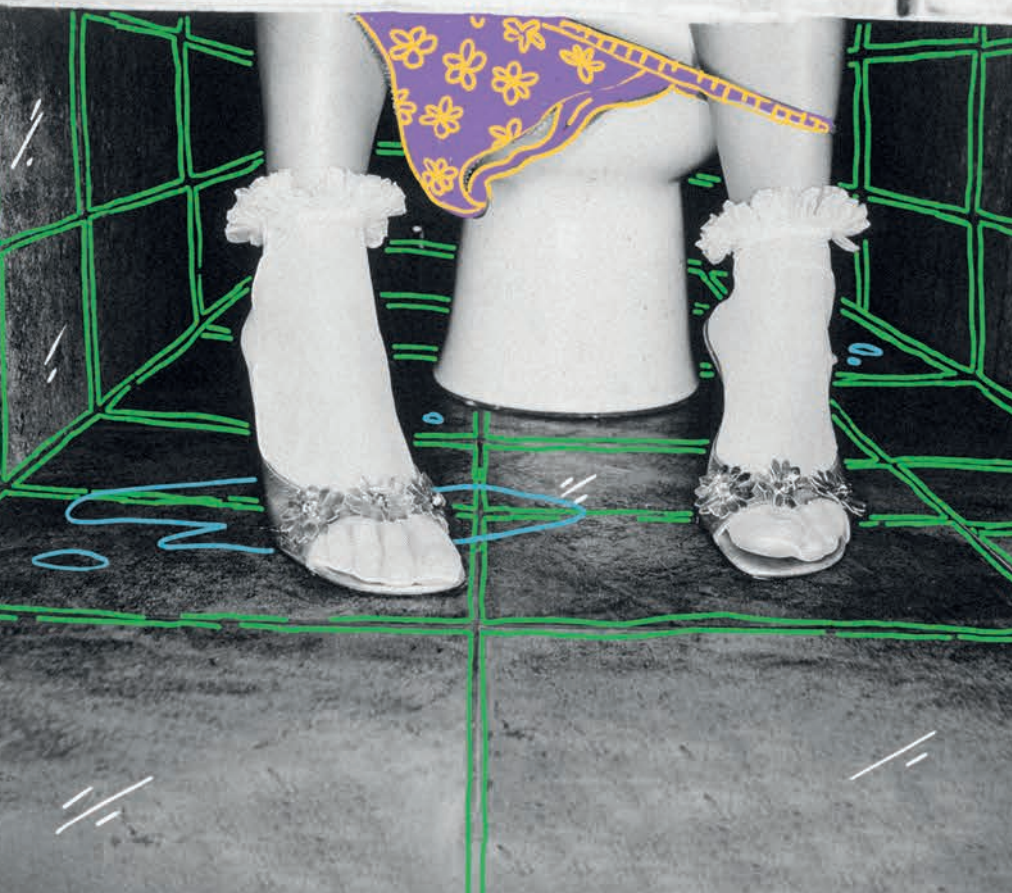


Raymond Queneau

Siempre somos demasiado buenos con las mujeres

Prólogo de Pablo Martín Sánchez





Seix Barral Biblioteca Formentor

Raymond Queneau

Siempre somos demasiado buenos con las mujeres

Prólogo de Pablo Martín Sánchez

Novela irlandesa de Sally Mara

Traducida al francés por Michel Presle

Traducción del francés por

José Escué

Título original: *On est toujours trop bon avec les femmes. Un roman irlandais de Sally Mara*

© Éditions Gallimard, 1971

© por la traducción, José Escué, 1982

© por el prólogo, Pablo Martín Sánchez, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 1982, 2023

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en esta presentación: enero de 2023

ISBN: 978-84-322-4155-0

Depósito legal: B. 22.278-2022

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

I

—¡Dios salve al Rey! —exclamó el conserje, que, durante más de treinta años, había servido a un lord en el condado de Sussex. Su señor había desaparecido en el naufragio del *Titanic*, sin dejar herederos ni libras esterlinas para la conservación del «cásel», como dicen en la otra orilla del canal de San Jorge. Desde su regreso a la tierra de sus antepasados celtas ocupaba el fámulo aquel modesto empleo en la estafeta de correos que formaba esquina entre Sackville Street y Eden Quay.

—¡Dios salve al Rey! —repitió con voz fuerte, pues era fiel a la corona inglesa.

Había visto, horrorizado, cómo irrumpían en la estafeta siete individuos armados, a los que había tomado en seguida por republicanos irlandeses con ánimo insurrecto.

—¡Dios salve al Rey! —murmuró por tercera vez.

Y sólo pudo murmurar esta vez, porque se había excedido tanto en sus manifestaciones monárquicas, que Corny Kelleher, sin esperar más, le había inyectado una bala en el coco. Al conserje muerto se le escaparon los

sesos por un octavo orificio de la cabeza, y se aplastó como una tortilla en las maderas del suelo.

John Mac Cormack tomó nota de la ejecución por el rabillo del ojo. No le parecía muy necesaria, pero tampoco era hora de discutir.

Entre las empleadas de la oficina se armó un clamoroso revuelo. Eran unas doce, inglesas auténticas o ulsterianas, y no aprobaban en modo alguno aquella serie de sucesos.

—¡Limpiad ese gallinero! —vociferó Mac Cormack.

Gallager y Dillon comenzaron a aconsejar, con palabras y hechos, a aquellas señoritas que se largasen a todo gas. Pero unas querían recoger antes su váterpruf y otras su bolso. En su modo de comportarse se adivinaba cierto pánico.

—¡Qué tías más gilipollas! —gritó Mac Cormack desde lo alto de las escaleras—. ¿Qué esperáis para echarlas a la calle?

Gallager agarró a la primera y le dio un manotazo en las nalgas.

—Pero con corrección —añadió Mac Cormack.

—Así no acabaremos nunca —gruñó Dillon, atropellado por dos de aquellas ninfas, que venían lanzadas en dirección contraria.

—¡Oh, míster Dillon! —gimió una de ellas, reconociéndolo.

Y se quedó parada.

—¿Usted, míster Dillon? ¡Un hombre tan fino! ¡Empuñando un fusil contra nuestro Rey! ¡En vez de acabar mi lindo traje de blonda!

Dillon se rascaba la cabeza, la mar de fastidiado. Pero Gallager acudió en su ayuda. Cogiendo a su clienta por debajo del brazo, le gritó al oído:

—¡Ahueca el pompis, mamona!

Oído lo cual, huyó la moza a todo escape.

Trepaba Mac Cormack al primer piso, seguido de Caffrey y Callinan. Cuando le perdió de vista, cogió Gallagher a otra chica y le zurró el pandero. Dio un brinco la muchacha.

—¡Con corrección! ¡Con corrección! —repetía Gallagher furibundo.

Y viendo que se le ofrecía otro par de posaderas, aplicó violentamente su bota en ellas, mandando a rodar a una joven que se había examinado muchas veces y había contestado puntualmente a un montón de preguntas sobre la geografía mundial y los descubrimientos de Graham Bell.

—¡Venga, fuera, fuera! —vociferaba Dillon, lleno de bravura frente a tanto mujerío.

Empezaba a estar más clara la situación. El personal femenino activaba el proceso corriendo hacia las salidas, de donde pasaba a Sackville Street o a Eden Quay.

Dos jóvenes telegrafistas esperaban una evacuación parecida a la de las damiselas, pero hubieron de contentarse con vulgares guantazos en la jeta. Salieron asqueados de tanta corrección.

Fuera se asombraba la gente de aquellas expulsiones. Sonaron algunos disparos. Y empezaron a disolverse los corros.

—Yo diría que no hemos dejado a nadie —observó Dillon, echando un vistazo a su alrededor.

Ninguna doncella hería ya su mirada.

II

En el primer piso apenas hubo discusión. Los altos funcionarios aceptaron su expulsión en seguida y se lanzaron escaleras abajo, para hallarse en la acera lo antes posible.

El único que manifestaba cierta voluntad de resistir era el director. Se llamaba Théodore Durand, por su ascendencia francesa. Pero, a pesar de la simpatía que siempre ha unido a los pueblos francés e irlandés, el director general de correos de Eden Quay se había entregado en cuerpo y alma (tenía varios, aunque, como se verá más adelante, no le sirvieron para nada) a la causa británica y a la defensa de la corona de los Hanover. Sentía no tener allí su frac ni su esmoquin. Incluso intentó telefonar a su esposa para que se los trajera, pero vivía lejos y además no tenía teléfono at home. O sea que iba de simple chaqué. Ya en Khartum había combatido en traje de chantung y algodón gris, pero frente a aquellos republicanos, la verdad, le repugnaba tener que luchar por el Rey con tan pocow decorow.

John Mac Cormack abrió la puerta de un puntapié.
—¡Dios salve al Rey! —declaró el director principal

de correos, con la firmeza de los héroes desconocidos.

Y ya no dijo ni mu, porque John Mac Cormack acababa de dejarlo seco con cinco balas dum dum anatómica y pistonudamente repartidas.

Caffrey y Callinan echaron el cadáver a un lado, y Mac Cormack se instaló en el sillón del director. Le dio a la manecilla del molinillo parlante y gritó: «¡Oiga! ¡Oiga!» por el micrófono. «Oigo, oigo», le contestaron por el auricular. Mac Cormack pronunció entonces la contraseña:

—Finnegans wake!

Y respondieron:

—Finnegans wake!

—Aquí, Mac Cormack. Hemos ocupado la estafeta de correos de Eden Quay.

—Estupendo. Aquí, la central de correos. Todo marcha bien. Sin reacción por parte británica. Hemos izado la bandera verde, blanca y anaranjada.

—¡Hurra! —dijo Mac Cormack.

—Resistid en caso de ataque, aunque es poco probable. Todo marcha bien. Finnegans wake!

—Finnegans wake! —respondió Mac Cormack.

Colgaron. Y él también.

Entró Larry O'Rourke en el despacho. Con muy buenos modos había exhortado a los demás altos funcionarios a que saliesen pitando de sus cuchitriles. Todo el personal estaba expulsado. Lo confirmó Dillon, que venía de abajo. Ya no había más que esperar la marcha de los acontecimientos.

Mac Cormack encendió una pipa, y luego invitó a cigarrillos a los compañeros.

III

Abajo estaban apostados Kelleher y Gallager delante del edificio, con el chopo debajo del brazo. Desde cierta distancia observaban algunos mirones. Otros, simpatizantes, agitaban manos, sombrero o pañuelo en señal de solidaridad; los dos insurrectos respondían de vez en cuando moviendo horizontalmente los fusiles mantenidos a pulso. Entonces se alejaban algunos transeúntes, poco seguros. Ni un solo británico parecía existir por los alrededores.

Junto al muelle, desde un pequeño velero noruego amarrado a sólidos bolardos, seguían los incidentes, sin comentarlos de manera ostensible, unos marineros escandinavos.

Gallager bajó los peldaños de la entrada y dio unos pasos hasta la esquina de Sackville Street. O'Connell Bridge estaba desierto. Al otro lado del río, alrededor de la estatua de mármol blanco de William Smith O'Brien, se habían apiñado como moscas unos cuantos ansiosos a la espera de lo que pudiese pasar. Después de saludar mentalmente la estatua del gran conspirador, se alejó Gallager del Liffey, para ir a examinar la situación en

Sackville Street. Frente a él, el monumento de O'Connell, con sus cincuenta figuras de bronce, no había atraído a ningún curioso debido a lo expuesto de su emplazamiento; al lado estaba inmovilizado un tranvía sin pasajeros ni empleados. Un hombre permanecía inmóvil frente a la estatua del padre Matthew. Gallagher dio menos importancia a la presencia de aquel personaje que a su deseo de insultar la memoria del apóstol de la templanza, como tenía por costumbre, aun estando en ayunas.

La bandera irlandesa ondeaba en el 43, sede del Comité Central de la Liga Nacional; ondeaba también en lo alto del hotel Metropól y en el tejado de Correos. Un poco más lejos, Nelson seguía firme en su cielo húmedo, encaramado en la columna de cincuenta metros de altura.

Eran ya muy pocos los transeúntes, mirones, curiosos o inquietos que asomaban por allí. De vez en cuando, alguno o algunos insurrectos cruzaban la calle corriendo con el fusil o el revólver en la mano.

Los británicos seguían sin reaccionar.

Gallagher sonrió y volvió a su puesto.

—¿Todo marcha bien? —le preguntó Kelleher.

—Los colores nacionales ondean en los tejados más importantes de O'Connell Street —contestó Gallagher.

Nunca decía Sackville Street, por supuesto.

—Finnegans wake! —gritaron a coro agitando sus chopos por encima de la cabeza.

Contestaron algunos simpatizantes, pero se fueron algunos mirones.

Caffrey comenzó a cerrar las ventanas.